

La verdadera razón de esto para nosotros, era que así los del Consejo de Granada como el rey mismo estaban por más rigor con los moriscos que el que había entrado siempre en el sistema del marqués de Mondejar, y le miraban por tanto como un obstáculo. Hácenos juzgar así las provisiones que en el mes siguiente expidió la majestad de Felipe II (octubre), mandando en la una que se acabaran de sacar los moriscos que habían quedado en Granada, y ordenando en la otra que se publicase la guerra á sangre y fuego. Todo esto se pregonó por bando general (19 de octubre, 1569) en Granada y en toda Andalucía.

Pero á este tiempo ocurrió en el campo de los moriscos una novedad de la mayor importancia. Indicamos ya que desde las cartas de Aben Humeia á don Juan de Austria y al alcaide de Guéjar andaban los enemigos resentidos de aquel proyectando y meditando su muerte. Contaban principalmente entre ellos un vecino de Albacete de Ujijar nombrado Diego Alguacil, que no perdonaba á Aben Humeia el haberse llevado y traer consigo una prima suya, viuda, con quien aquel vivía amancebado. La misma joven morisca, que en secreto seguía comunicándose con el Diego Alguacil, fué el instrumento de una traición que este urdió, y en que logró hacer entrar á Diego Lopez Aben Aboo y al caudillo de los turcos Hussey, fingiendo una carta de Aben Humeia en que suplantó su firma su mismo secretario Diego de Arcos. Cuando todo estuvo preparado y dispuesto, y hallándose Aben Humeia en Laujar, sorprendiéronle una noche en la casa en que se albergaba, y menos feliz que cuando trató de sorprenderle el marqués de Mondejar, cayó en manos de Aben Aboo y de Diego Alguacil. En vano el rey de los moriscos se esforzó por justificar que la carta que le presentaron y sobre que aquellos fundaban su prision no era suya sino fingida. Su muerte estaba resuelta, y aquella misma noche poco antes de amanecer le echaron un cordel á la garganta, y le estrangularon tirando Aben Aboo de una punta y Diego Alguacil de la otra. Así acabó el desventurado Fernando de Valor, Aben Humeia, titulado rey de Granada y de Andalucía (1). Dióse el mando de la guerra y el gobierno del reino á Diego Lopez Aben Aboo por tres meses hasta que le confirmara el título el virey de Argel. Cuando le llegaron los despachos de este, se intituló *Muley Abdallah Aben Aboo, rey de los Andaluces*, y puso en su estandarte un lema que decía: *No pude desear mas ni contentarme con menos*. Nombró el nuevo rey general de los rios de Almería, Alboladuey y Almanzora, de las sierras de Baza y Filabres y marquesado de Ceneta á Jerónimo el Malech, y puso las tierras de Sierra Nevada, Velez, la Alpujarra y Vega de Granada á cargo del alcaide de Guéjar, el Xoaybi, despachando al turco Hussey con presentes para Argel y Constantinopla, pidiendo socorros de gente, armas y municiones.

Continuaba la guerra con Aben Aboo, el Malech y el Xoaybi lo mismo que antes con Aben Humeia, dando harto que hacer al duque de Sessa y al marqués de los Velez, al uno por la Alpujarra, al otro por el río Almanzora, cercando fortalezas y defendiéndolas, sin que de las disensiones de los moriscos y del cambio de rey supieran sacar ventaja alguna los cristianos: antes bien aquellos poseían los fuertes de Seron, Tijola, Pur-

gais con toda la brevedad, nos ternemos por muy servido. Dada en Madrid á 3 de setiembre de 1569.»—Mendoza, Guerra de Granada, lib. III.—Mármol, Rebelion, lib. VII, c. 6.—Hablando de las mutuas quejas de los dos marqueses, el de los Velez y el de Mondejar, dice don Diego de Mendoza, que era voto en la materia: «Yo no ví el proceder del uno ni del otro; pero á mi opinion, ambos fueron culpados, sin haber hecho errores en su oficio y fuera dél, con poca causa, y esa comun en algunos otros generales de mayores ejércitos.»

(1) Dice Mendoza, y lo mismo indica Mármol Carvajal, que declaró al tiempo de morir haber sido siempre su intencion vivir en la ley cristiana, y que en ella muriera sino le sobrecogiera la muerte; que solo había aceptado el reino por vengarse de las injurias que á él y su padre habían hecho los jueces del rey don Felipe; que quedaba vengado de amigos y enemigos; que pues él había cumplido su voluntad, cumpliesen ellos la suya; y que en cuanto á la eleccion de Aben Aboo, iba contento, pues sabia que pronto había de tener el mismo fin que él. Esto último se verificó, como adelante veremos. Y si lo primero fué cierto, gran cargo resulta de sus palabras contra la imprudente conducta de los que pusieron á los moriscos en tal desesperacion.

chena, Tahali, Jergal, Cantoria, Galera y otros, y acaudillaban ya masas de cinco y diez mil hombres (octubre, noviembre y diciembre, 1569). De haber tomado tanto cuerpo la guerra tenia mucha culpa la dilacion en las resoluciones del Consejo de Granada, y el haber de esperar la aprobacion de S. M.

Quiso ya don Juan de Austria salir de aquella inaccion en que le tenia el rey hacia ocho meses, tan opuesta á su grande ánimo y á su genio belicoso, y representó enérgicamente á S. M. cuán flojamente se hacia la guerra, el peligro de que se propagase la rebelion á los reinos de Valencia y Murcia, y su deseo de salir de Granada y de acabar la guerra en persona. Movido de sus razones el rey su hermano, ordenó que se formasen dos ejércitos, uno á la parte del río Almanzora, al mando de don Juan de Austria, que reemplazaría allí al marqués de los Velez, otro con destino á la Alpujarra, á cargo del duque de Sessa. Hiciéronse grandes provisiones, se recogieron bastimentos, se encargó á las ciudades que rehicieran sus compañías, y se mandó al comendador mayor de Castilla que trajera artillería y municiones de Cartagena. Con la noticia de que don Juan de Austria iba á salir á campaña acudieron muchos caballeros y particulares que hasta entonces no se habían movido, y la nueva del nombramiento de don Juan llenó de regocijo y de esperanzas á toda la gente de guerra.

Antes de emprender el joven príncipe la campaña, y á fin de no dejar á la espalda y cerca de la ciudad enemigos que pudieran incomodarle, acordó arrojarlos de la madriguera que tenían en Guéjar, pueblo grande situado en el seno de una sierra fragosa de donde nacen las principales fuentes del Genil. Salió pues don Juan de Granada, ejecutó felizmente esta difícil operacion, y echados los moros de aquella ladronera (2), dejando la conveniente guarnicion para la seguridad de Granada y su vega, partió otra vez el joven guerrero (29 de diciembre) la via de Guadix y Baza, en cuyo último punto le esperaba el comendador Requesens con la artillería de Cartagena. Prosiguió á Huéscar, donde se le presentó el marqués de los Velez á quien iba á reemplazar. En medio de la cortesania con que el marqués se acercó á saludarle y besarle la mano, no podía disimular el sentimiento de verse sustituido como poco á propósito para dar cabo á aquella empresa. Así que, despues de informar brevemente á don Juan de Austria del estado de la guerra por aquella parte, sin apearse del caballo se despidió de todos y se retiró lleno de resentimiento y de pena á su villa de Velez el Blanco.

Acercantado el campo de don Juan hasta doce mil hombres, procedió á cercar el fuerte de Galera que tenían los enemigos, y que el marqués de los Velez en mucho tiempo no había sido poderoso á rendir. Colocó pues baterías, hizo minas, dió repetidos asaltos, y ejecutó todas las operaciones que suele necesitar el asedio formal de una plaza fuerte. Los moros, y aun las moras y los muchachos, la defendieron con una tenacidad heroica y bárbara. En algunos asaltos murió mucha gente principal del campo cristiano, y asusta la larga nómina de capitanes y alféreces muertos y heridos que nos transmitieron los testigos de vista. «Yo hundiré á Galera, exclamó un día don Juan de Austria irritado con el espectáculo de tantas víctimas, y la asolaré y sembraré toda de sal; y por el filo de la espada pasarán chicos y grandes, cuantos están dentro, en castigo de su pertinacia y en venganza de la sangre que han derramado.» Estas palabras, pronunciadas con fuego, volvieron el ánimo á los soldados: él hizo jugar á un tiempo todas las piezas de batir; mandó volar las minas, que arrojaron al aire casas y peñascos, y conmovieron todo el cerro sobre que se asentaba la poblacion y el castillo; ordenó el asalto general, y penetrando los soldados por las calles como bravos leones, con orden que llevaban de don Juan de no perdonar á nadie la vida, fueron ganándolas palmo á palmo y sembrándolas de cadáveres. Los que se habían recogido á la última placeta del castillo fueron todos acuchillados: dos mil cuatrocientos hombres de pelea fueron pasados á cuchillo aquel día (10 de febrero, 1570), ade-

(2) «En la casa donde posaba el alcaide Xoaybi hallé yo (dice el historiador Mármol que iba en la expedicion) muchos papeles, y entre ellos la carta que Aben Humeia le había escrito, mandándole que no alzase mas alcarrías hasta que se lo mandase.» Rebelion, lib. VII, cap. 27.

más de cuatrocientas mujeres y niños. Don Juan cumplió su amenaza: la villa fué asolada y sembrada de sal: el que recibió la orden de ejecutar este cruel castigo fué el mismo historiador que nos lo cuenta (1). La nueva de este triunfo alcanzó al rey camino de Córdoba, donde iba á celebrar córtes.

Mas no por eso dejó de experimentar pronto el de Austria los azares de la guerra. A los pocos dias, y despues de marchar por entre nieves, pantanos y barrizales, dispuso desde Baza hacer un reconocimiento á la fortaleza de Seron. Los soldados imprudentes penetraron antes de tiempo en la villa, y entretenidos y ciegos en saquear las casas y en cautivar mujeres, dieron lugar á que bajaran de aquellos cerros en socorro de los del castillo hasta seis mil moros acaudillados por el Malech, el Habaquí y otros de sus mejores capitanes. En el aturdimiento y desorden que se apoderó de los cristianos, fueron acuchillados mas de seiscientos, aparte de los que murieron quemados en las casas y en las iglesias, no siendo parte á remediarlo los mas animosos caudillos ni los esfuerzos del mismo don Juan de Austria. Allí fué herido en un muslo el capitán don Lope de Figueroa; una bala de escopeta le entró en el brazo á Luis Quijada que andaba recogiendo la gente, y otra dió en la celada de don Juan de Austria, que por ser aquella fuerte preservó la vida del valeroso joven (19 de febrero, 1570). En Canilles, donde se retiraron, murió de la herida el noble caballero Luis Quijada, el antiguo confidente y mayordomo del emperador Carlos V, el ayo y como el segundo padre de don Juan de Austria; y concibese bien la gran pesadumbre que el príncipe tendria con la muerte del que le había criado y acompañado desde la niñez. Despachóse correo á las ciudades de Ubeda, Baeza y Jaen, para que dos mil infantes de Castilla que habían de pasar por allí fuesen al campo de don Juan, y se escribió al duque de Sessa que enviara cuanta gente pudiese, y entrara cuanto antes en la Alpujarra para llamar y entretener por allí la atención de los moriscos.

Rehecho el campo de don Juan, volvió de nuevo y con mas ánimo sobre Seron, ansioso de vengar la pasada derrota. Esta vez, viéndole los enemigos ir tan en orden, no tuvieron valor para esperarle, y ellos mismos incendiaron la poblacion y el castillo, subiéndose á la sierra, donde en número de siete mil hombres sostuvieron algunas refriegas con los escuadrones de Tello de Aguilar y de don Garcia de Manrique. Dejado algun presidio en Seron, pasó don Juan de Austria á combatir á Tijola, de donde salieron los enemigos de noche y á las calladas huyendo á los montes por las cañadas y desfiladeros. Solo se hallaron unas cuatrocientas mujeres y niños, y se ganó bastante despojo del que los moros habían guardado allí como en lugar fuerte (marzo, 1570). Destruída y asolada tambien aquella villa, vióse, con sorpresa de los que ignoraban el secreto, que las fortalezas de Purchena, Cantoria, Tahali y otras que tenían los moriscos se iban encontrando abandonadas, y ocupábanlas sin dificultad los cristianos y dejaban en ellas guarniciones (abril).

Decimos el secreto, porque le había en verdad, aunque no para don Juan y sus principales capitanes, en esta extraña conducta de los moros, antes tan pertinaces en la defensa de sus plazas. Y era que con motivo de haber sido en otro tiempo amigo el capitán Francisco de Molina de Fernando el Habaquí que acaudillaba los moros de aquellas tierras, obtenida la venia de don Juan de Austria, había escrito aquel al general moro diciéndole que holgaria mucho se viesen para tratar algunas cosas convenientes é interesantes á los dos campos. Comprendió el moro, que no era torpe de entendimiento, el significado de la misiva, accedió á lo de las vistas, que concertaron con las debidas precauciones por ambas partes, y se vieron y comieron juntos. Mientras comian y bebían los turcos de la escolta de Habaquí, tuvo ocasion el Molina de hablarle aparte, y recordándole su antiguo afecto y amistad le manifestó que el objeto de haber dado aquel paso era aconsejarle á fuer de antiguo amigo que volviera al servicio del rey y procurara la reduccion de los suyos, puesto que era una

(1) «Don Juan de Austria me mandó á mí que hiciese recoger el trigo y cebada que tenían allí los moros, y que la villa fuese asolada y sembrada de sal.»—Mármol, Rebelion y castigo, libro VIII, cap. 5.

temeridad resistir á un monarca tan poderoso, y que él le prometía y aseguraba que sería bien recibido y tratado por S. M. así como los que con él se pusiesen llanamente en sus manos: que para llegar á este término debería aconsejar á los moros dejaran las fortalezas del río Almanzora como insostenibles y se recogiesen á la Alpujarra, donde despues podría mejor persuadirles la reduccion. Respondió el Habaquí, á quien no había desagradado la propuesta, que en cuanto á las fortalezas él obraría de modo que S. M. entendiese el servicio que le hacia, y en cuanto á lo demás se vería con Aben Aboo y sus amigos y deudos, y avisaría lo que se determinara. El moro había cumplido su palabra en la primera parte, y este era el secreto de hallar los cristianos las fortalezas abandonadas.

Puesto el negocio de la reduccion en este camino, y autorizado don Juan de Austria por el rey para que admitiese á los que llanamente y sin condiciones se presentaran, publicó un bando cuyos principales capitulos eran los siguientes:—Todos los moriscos, hombres y mujeres, de cualquier calidad y condicion que fuesen, que en el término de veinte dias pusieran sus personas en manos de S. M. ó de don Juan de Austria, tendrían merced de la vida, y se mandaría oír en justicia á los que probaran las violencias y opresiones que los habían provocado á levantarse:—Todos los de quince á cincuenta años que en dicho plazo se rindiesen, y trajeren además una escopeta ó ballesta, harían libres á dos de sus parientes mas allegados:—Los que quisieran reducirse, podían acudir al campo de don Juan de Austria ó del duque de Sessa, en los lugares que mas cerca estuviesen:—Para ser conocidos desde lejos, llevarían cosida á la manga izquierda del vestido una cruz grande de paño ó lienzo de color:—Los que en dicho plazo no se redujesen, sufrirían el rigor de la muerte sin piedad ni misericordia. De este bando se circularon traslados por todo el reino (2).

Las negociaciones que produjeron este edicto no habían sido aisladas; al contrario, eran continuacion de las que se habían entablado del campo del duque de Sessa, lo cual nos conduce á dar razon de lo que este había hecho por la parte de la Alpujarra.

Menos activo y diligente el duque de Sessa que don Juan de Austria, había tardado en salir de Granada cerca de dos meses (21 de febrero de 1570), y deteníose en el Padul mas de lo que conviniera, á fin de engrosar su ejército y reunir las mas provisiones que pudiese. Por su parte el nuevo rey de los moriscos Muley Abdallah Aben Aboo había escrito al mufti de Constantinopla y al secretario del rey de Argel, representándoles la triste situacion en que se veían los desgraciados musulmanes de su reino, acometidos por dos fuertes ejércitos cristianos, y reclamaba de ellos con urgencia los auxilios que habían ofrecido á sus hermanos de España. La reclamacion de Aben Aboo, como las anteriores de Aben Humeia, no produjo sino buenas palabras así del turco como del argelino (3). La guerra por la parte de la Alpujarra y por la costa y la ajarquía de Málaga no se hacia con el vigor que por el río Almanzora, por donde andaba don Juan de Austria. Y bien fuese por convencimiento, bien, como algun autor indica, porque se trataba ya de la liga de los príncipes cristianos contra el Gran Turco y se deseaba terminar la guerra de los moriscos para poner á don Juan de Austria al frente de la armada de la confederacion, ello es que se recurrió al sistema de reduccion que tanto se había criticado en el marqués de Mondejar.

(2) Mármol inserta una copia del bando, el cual se conserva original en el archivo de Simancas, Estado, leg. núm. 152.

(3) Algunas de estas cartas fueron á parar á manos de don Juan de Austria, que las hizo traducir. Su estilo conservaba todo el tinte y las formas orientales. La de Aben Aboo al de Constantinopla comenzaba: «Loores á Dios del siervo de Dios, que confía en él y se sustenta mediante su esfuerzo y poderío. El que guerrea en servicio de Dios, el gobernador de los creyentes, ensalzador de la ley, abatidor de los herejes descreidos y aniquilador de los ejércitos que ponen competencia con Dios, que es Muley Abdallah Aben Aboo, ensálcele Dios con ensalzamiento honroso, y hágale señor de notorio estado y señorío. Al que sustenta el alzamiento de Andalucía, á quien Dios ayude y haga victorioso... á nuestro amigo y especial querido nuestro, el señor grande, honrado, generoso, magnífico, adelantado, justo, limosnero y temeroso de Dios... etc.»

A este fin se pusieron en juego las relaciones que algunos principales caudillos cristianos habían tenido antes con los capitanes moriscos, y en especial las de don Alonso de Granada Venegas y don Fernando de Barradas con el Habaquí, el general de los moriscos en la parte de Almería (1). Escribiósele al efecto, y le hallaron dispuesto á entrar en tratos de reduccion. Por eso le fué mas fácil al capitán Francisco de Molina, de quien antes hablamos, conferenciar con el Habaquí, y acordar con él lo que arriba dejamos referido. Encargóse tambien al licenciado Castillo, que poseía bien el idioma árabe, escribiese una larga carta en aquella lengua, figurando ser de algun alfaquí que se condolia de los trabajos y de la pérdida que esperaba á sus hermanos los moriscos, y les persuadía con abundancia de razones á que volvieran á la obediencia del rey de los cristianos, si querían evitar su total y completa ruina (2). Un espía llevó ejemplares de esta especie de proclama por los lugares de la Alpujarra, y les iba dejando donde pudieran ser hallados y leídos.

Pero al mismo tiempo se mandó por el rey y se encomendó al presidente Deza de Granada la ejecución de otra medida, que no sin razón se miraba como muy peligrosa, y que con poca fortuna se llevó á cabo sin empeorar el estado de la guerra y de las negociaciones para la reduccion, á saber, la de sacar del reino é internar en los pueblos de Andalucía y de Castilla á todos los moros de paz, esto es, á aquellos moriscos que no se habían alzado y permanecían en sus casas obedeciendo al rey. El lector juzgará de la justicia de tan dura determinación en premio de la conducta de aquellos desgraciados, bien que se alegara para ella que daban avisos á los rebeldes, y que se hacía por su bien y seguridad. Hizose, pues, con los moros de paz (cuya sola denominación parecía debiera servirles de salvaguardia) de la Vega, de la Alpujarra, de Ronda, de las sierras y rios de Almería, lo mismo que antes se había hecho con los de Granada; y con sus familias y sus bienes muebles fueron arrancados de sus hogares, y trasladados al interior de Castilla.

Sin perjuicio de los tratos de reduccion, proseguían la guerra con éxito vario, don Juan de Austria por Terque, el río Almería y los Padules de Andarax; el duque de Sessa por Ujijar, Adra, Castil de Ferro y Berja (abril, 1570), no sin que aquellos influyeran en el ánimo del soldado, de manera que al duque se le desertaban cada día, y á tal punto, que de los diez mil hombres que tenía en la Alpujarra solo vinieron á quedarle cuatro mil. Y como luego le escribiese don Juan que tenía necesidad de verle para tratar algunas cosas importantes al servicio del rey, juntáronse los dos generales cristianos, primeramente en el cortijo de Leandro, y despues en los Padules, andando de allí adelante el duque de Sessa incorporado á don Juan de Austria. Tampoco cesaron los tratos sobre la reduccion; antes bien don Alonso de Granada Venegas lo propuso por escrito al mismo Aben Aboo, el cual en respuesta á su carta, despues de exponer con poca valentía que la culpa del alzamiento y de los males que se habían seguido no la tenían ni él ni los suyos, sino los agravios intolerables que los cristianos les habían hecho, concluía con decirle que se viese con el Habaquí, que era á quien tenía dada comision para aquellos negocios. En su virtud, acordaron reunirse los principales caudillos de ambas partes, con las seguridades convenientes, en el Fondon de Andarax.

Reunidos en efecto en el Fondon el Habaquí con sus principales capitanes (3) y los comisarios de don Juan de Austria (13 de mayo, 1570), expuso en tono arrogante el Habaquí que no era posible guardar las pragmáticas reales ni tolerar las injusticias que los habían provocado á la rebelion; que no se había cumplido con ellos nada de lo que se les ofreció cuando se redujeron al marqués de Mondejar; que si con los moros

(1) Jerónimo el Malech, que había sido nombrado general en jefe de aquella tierra, había muerto de enfermedad.

(2) Mármol copió esta larga carta, que titula: *Carta persuasoria*, en su Historia de la Rebelion de los Moriscos, lib. VIII, cap. 10.

(3) Eran estos, Fernando el Galip, hermano de Aben Aboo; Pedro de Mendoza, el Hoseni; Fernando el Gorri; un hijo de Jerónimo el Malech; Alonso de Velasco, el Granadino; y doce de los principales turcos auxiliares.

de paz se hacía la injusticia de llevarlos á Castilla, habiendo sido leales, ¿qué podían esperar los rebeldes? Finalmente que don Juan de Austria nombrara personas de quienes pudieran fiarse que ampararan á los que fueran á reducirse, y que los aseguraran de no recibir daño; que volvieran los internados de Castilla y se les permitiera rescatar sus mujeres é hijos; que se les dejara vivir en el reino de Granada; que se les guardaran las antiguas provisiones; que hubiera un perdón general; que bajo estas condiciones ellos se reducirían todos, y entregarían los cristianos cautivos que tenían en su poder. Enviada esta relación á don Juan de Austria, y congregado su consejo, se acordó responder: que ante todo trajesen poder de Aben Aboo, en cuyo nombre se habían de rendir, y con él presentasen un memorial de súplica, pidiendo solamente lo que sabían se les habría de otorgar. Para mas abreviar el negocio se encargó la redaccion del memorial al secretario mismo de don Juan de Austria, Juan de Soto (4), y llevado al Habaquí, dió este su conformidad, y prometió volver antes de ocho días con los poderes de Aben Aboo.

El Habaquí cumplió fielmente su palabra, y el 19 (mayo) estaba ya otra vez en el Fondon de Andarax. Poco faltó para que la imprudencia de un capitán de caballos del duque de Sessa, llamado Pedro de Castro, diera al traste con la negociación, con una insultante carta que dirigió al Habaquí, y que irritó sobremanera á todos los caudillos moros. Aplacados al fin, aunque con mucho trabajo, por los esfuerzos de los comisionados de don Juan de Austria, se concluyó el negocio de esta manera: Que el Habaquí, á nombre de Aben Aboo y de todos los capitanes moriscos se echaría á los pies de don Juan de Austria, rindiendo las armas y bandera y pidiéndole perdón; y que Su Alteza (que así le trataban á don Juan) los recibiría en nombre de S. M. y les daría seguro para que no fuesen molestados ni robados, y se les permitiera vivir con sus mujeres é hijos en el reino, excepto en la Alpujarra. Hecho este concierto, pasaron á los Padules, donde los esperaba don Juan en su tienda, rodeado de sus consejeros y capitanes. Llegó el Habaquí, se apeó de su caballo, y echóse á sus pies diciendo: «Otórguenos V. A. á nombre de S. M. perdón de nuestras culpas, que conocemos haber sido graves:» y quitándose la damasquina, se la dió á la mano, y dijo: «Estas armas y bandera rindo á S. M. en nombre de Aben Aboo y de todos los alzados cuyos poderes tengo.—Levantaos, le respondió don Juan de Austria con mucha dignidad, y tomad esa arma, y guardadla para servir con ella á S. M.»—Concluida esta solemne ceremonia con gran regocijo de todos, tratáronse algunos puntos concernientes al total arreglo de los negocios, y á 22 de mayo partió el Habaquí para la Alpujarra á dar cuenta de todo á Aben Aboo (5).

Con esto y con haber vuelto el Habaquí (25 de mayo) á Codbaa de Andarax (donde se había trasladado don Juan de Austria) con el consentimiento de Aben Aboo y de todos los capitanes y soldados moriscos; con haber señalado don Juan los caudillos que en cada taha y distrito habían de recoger los que fuesen á entregarse, permitiéndoles vivir en los lugares llanos que ellos eligiesen, con tal que no fuese en la sierra; con haber embarcado el Habaquí para África los berberiscos y turcos auxiliares, y con las entradas y correrías que los capitanes cristianos hacían en diferentes partes del reino en busca y como á caza de los pocos que rehusaban acudir á reducirse, parecía que hubiera debido darse por concluida de todo punto la rebelion. Mas no fué así todavía. En primer lugar, el empeño del rey y del Consejo de despoblar el reino granadino de todos los moros de paz, ó sea de los no alzados, incluso los de Ronda, produjo en los moriscos de aquella seranía un levantamiento y una guerra no menos feroz ni menos sangrienta que la de la Alpujarra, que entretuvo y consumió las fuerzas de don Antonio de Luna, de Arévalo de Zuazo, y posteriormente del duque de Arcos, á quien el rey encomendó la reduccion de aquellos serranos, gente de

(4) Había muerto el secretario Juan de Quiroga, y reemplazádole este Juan de Soto.

(5) Mármol, Rebelion, lib. IX, caps. 1.º y 2.º—Vander Hammen, Historia de don Juan de Austria, libro II.

antiguo valerosa, feroz y bravia; guerra que acabó diseminándose por los altos de la sierra los pocos moriscos que pudieron escapar de la persecucion (1).

Por otra parte el reyezuelo Aben Aboo, ó alentado con un refuerzo de turcos y moros que á tal tiempo llegó en unas fustas berberiscas, ó envidioso de el Habaquí por haber este concluido el negocio de la paz, y quejoso de las pocas ventajas que le parecía haber procurado para su persona, ó por hacérselo duro renunciar al nombre y título de rey, comenzó á mostrarse arrepentido de lo capitulado, y so pretexto de que el Habaquí le había faltado á la lealtad y atendido poco al bien público, mudó de parecer y rehusó la sumision. Noticias de ello el Habaquí, ofreció á don Juan de Austria y al Consejo que él le haría cumplir lo prometido, ó le traeria atado á su campo. Con este propósito partió con alguna gente en busca del que acababa de ser su rey; mas como este supiese su intento, se apresuró á enviar contra él los moros de su guardia y los turcos que de nuevo le habían venido: sorprendieronle en el lugar de Bérchul; pudo el Habaquí huir de la casa en que le cercaron, pero encontraronle luego y le cogieron entre unas peñas; lleváronsele á Aben Aboo, el cual le hizo ahogar secretamente y le enterró en un muladar, donde estuvo mas de treinta días sin que se supiese su muerte. Tal fué el desgraciado fin del negociador de la paz de los moriscos.

Con tanta serenidad como abominable doblez y falsía, escribió despues de esto Aben Aboo á don Fernando de Barradas y á don Alonso de Granada Venegas, invitándolos á que fuesen á terminar con él, como con un amigo y hermano, la obra de la paz. Y como le preguntasen qué había hecho del Habaquí, les respondió que le tenía preso por algunos días, como á hombre que los había engañado á todos, que á él le había encubierto la verdad, y que no había hecho sino para sí y para sus parientes y amigos; pero que consolarán á sus hijos, y les dijera que estaba bueno, y que les daba su palabra de no tratarle mal y de soltarle de allí á pocos días. Esto escribía el falaz moro cuando ya le tenía enterrado. Y al propio tiempo escribía tambien á los alcaldes turcos de Argel, dándoles cuenta del suceso, y de haber preso y degollado al Habaquí por traidor que había vendido los moriscos del reino á los cristianos, y les rogaba le enviaran con urgencia socorros.

Para cerciorarse de las intenciones de Aben Aboo y de lo que significaban sus misteriosas cartas, dispuso don Juan de Austria despachar á Hernán Valle de Palacios (30 de julio) para que se viese con Aben Aboo y tratara con él. Recibióle el moro aparentando cierta arrogante dignidad, sin levantarse de un estrado en que se sentaba, rodeado de mujerzuelas que le entretenían tocando la zambra. Despues de haber oído las razones con que el Palacios le exhortaba á someterse, le respondió: «Que Dios y el mundo sabían que los turcos y moros le habían elegido rey sin pretenderlo; que no se opondría á que se redujesen los que quisieran, pero que tuviera entendido don Juan de Austria que él habría de ser el último; que aun cuando quedase solo en la Alpujarra no se daría nunca á merced; que si la necesidad le apretase, se metería en una cueva que tenía provista de agua y bastimentos para seis años, en cuyo tiempo no le faltaría una barca en que pasar á Berberia.» Con esta respuesta del contumaz y soberbio moro volvió el mensajero á don Juan de Austria, en ocasion que el rey, viendo la lentitud que había en la reduccion, había mandado que se formaran otra vez dos campos y se hiciera de nuevo la guerra, entrando con uno el comendador de Castilla en la Alpujarra, don Juan de Austria y el duque de Sessa con el otro por la parte de Guadix, los cuales se habían de ir á encontrar en medio de las sierras.

Todavía el artificioso moro intentó engañar á don Juan de Austria, que ya se hallaba en Guadix, con una carta que escribió á Juan Perez de Mescua (agosto) para que la presentara al príncipe, ofreciendo reducirse por intervencion suya, y

(1) En la relación de los sucesos de esta guerra de Ronda se detuvo don Diego de Mendoza mas de lo que era de esperar de la brevedad con que trató los de la general de Granada. Puede verse su libro IV y tambien el IX y X de Mármol.

convidándole á que se viese con él en Lanteyra para tratar de las paces. Pero descubierta por otra carta la falsía del astuto moro, se prosiguió en los preparativos para la nueva guerra con resolucion de emplear el mayor rigor contra los rebeldes pertinaces. Reunió pues el comendador mayor Requesens en Granada cuantas milicias, bagajes, vituallas y municiones pudo; partió para la Alpujarra (setiembre, 1570), distribuyó sus tropas, y ordenó una batida general. Hacíase la guerra á sangre y fuego; destruíanse los mijos, los panizos y todos los sembrados de los moros; degollábase á los hombres que se encontraban, y se cautivaba á las mujeres, que se repartían entre los capitanes y soldados. Tenían los moros el país horadado de cuevas ocultas entre las breñas y riscos, donde ellos se escondían. En estas cuevas eran oteados por las cuadrillas del comendador y cazados como alimañas en sus madrigueras. Cuando á fuerza de armas no podían rendirlos, arrojaban por la boca cantidad de haces de leña encendidos, para que ó el fuego los abrasara, ó los sofocara el humo. Así murieron muchos centenares de hombres, mujeres y niños (setiembre y octubre). Millares de moriscas, de viejos y de muchachos fueron cautivados en estas correrías; los soldados los vendían y se aprovechaban de su precio. De los moros que se cogían, los unos eran ahorcados, los otros, por ser ya tantos en número, sufrían la suerte de cautivos, y se vendían en los mercados, siendo su producto para los aprehensores. Y al mismo tiempo el comendador hacía construir multitud de fuertes para asegurar la tierra.

En esto el rey Felipe II había dado ya orden á don Juan de Austria (28 de octubre), al presidente de Granada don Pedro de Deza, y al duque de Arcos que había sometido á los sublevados de Ronda, para que, cada cual por su parte con toda la brevedad y diligencia posible, sacaran del reino de Granada é internaran en Castilla todos los moriscos, así los de paz como los nuevamente reducidos (2). Esta era su segunda orden, y su última resolucion sobre la materia. En su virtud y con acuerdo del Consejo dió don Juan de Austria las disposiciones oportunas para su ejecución, mandó que se tomasen todos los pasos de las sierras, y ordenó que en un día dado, el 1.º de noviembre, todos los moros del reino hubieran de estar recogidos en las iglesias de los lugares señalados, para llevarlos de allí en escuadras de á mil quinientos y con su escolta correspondiente á los puntos á que se los destinaba. Así se ejecutó, con orden y sin dificultad en algunas partes, con excesos y desórdenes en otras, con muertes y asesinatos en algunas, dando lugar en ciertos distritos los desmanes de los soldados y su codicia y maltrato á que no pocos se fugaran á lo mas áspero de las breñas ó huyeran á Berberia. Los que se internaban eran entregados por listas nominales á los alcaldes de los pueblos en que habían de residir. De esta manera quedó despoblado de moriscos el reino de Granada, despues de haber costado dos campañas sangrientas el subyugarlos y vencerlos (3).

Hecho esto, y dejando guarnecidos los fuertes de la Alpujarra, volvióse el comendador mayor á Granada, y lo mismo hizo don Juan de Austria desde Guadix con el duque de Sessa, siendo recibidos con las mayores demostraciones de júbilo por los tribunales, corporaciones y pueblo. Allí licenciaron y despidieron la gente de guerra de las ciudades, y ordenado lo conveniente para el reemplazo de los presidios durante el invierno y el de las cuadrillas que habían de perseguir á Aben Aboo y otros rebeldes, partió don Juan de Austria de la ciudad de Granada para la corte de S. M. (30 de noviembre). Siguió á poco tiempo el comendador mayor de Castilla don

(2) Real cédula de Felipe II, de Madrid, á 28 de octubre de 1570.

(3) La distribución que de ellos se hizo, fué la siguiente: los de Granada y su vega, valle de Lecrin, sierra de Bentomiz, ajarquía y hoya de Málaga, y serranías de Ronda y de Marbella, fueron repartidos por las provincias de Extremadura y Galicia; los de Guadix, Baza y río de Almansora, por la Mancha, Toledo y Castilla la Vieja, hasta el reino de Leon; los de Almería y su costa fueron llevados á Sevilla. Se acordó no destinar ningunos ni al reino de Murcia, ni á las cercanías de Valencia, por evitar el peligro del contacto y comunicacion con los moriscos naturales de aquellas tierras—Mármol, Rebelion y castigo de los Moriscos, lib. X, capítulo 6.